

Nicholas Maticka

Dra. Anido

SPAN 4070

28 de noviembre 2024

### **Exploraciones cinematográficas de las relaciones familiares españolas**

Tres de las películas que hemos visto este semestre: *Flores de otro mundo*, *Mi madre le gustan las mujeres* y *Verano 1993* pueden parecer películas muy diferentes en términos de historia y tono, pero en realidad comparten muchas similitudes. El tema más frecuente que se puede encontrar en todas estas películas es la exploración de la familia, más específicamente familias que pueden considerarse más únicas y fuera de lo común. Estas familias pueden ir en contra de las normas sociales o verse obligadas a superar desafíos que amenazan con separarlas. Cada una de estas tres películas aborda y examina una dinámica familiar distintiva de una manera personal e íntima, permitiendo al público obtener una mirada cercana y personal a las complicadas relaciones que estas familias tienen tanto internamente, entre los miembros de la familia, como externamente, con el resto del mundo.

Aunque *Flores de otro mundo* es una película que explora la relación entre tres parejas diferentes en la España rural, me centraré en el personaje de Patricia y su compleja relación con su nueva familia a lo largo de la película, más específicamente en la dinámica entre Patricia y la madre de Damián, Gregoria. Desde el principio, Gregoria inmediatamente deja muy claro su desprecio por Patricia y sus hijos. Los menosprecia a todos, apenas reconoce su existencia y se enoja mucho por cosas tan simples como que Patricia invite a sus amigos a visitarla una noche. La motivación de este odio nunca se explica claramente, pero se puede suponer que se debe a un racismo profundamente arraigado y a una desconfianza y cautela generalizadas hacia los

forasteros y los extranjeros. Debido a que Patricia es una inmigrante dominicana ilegal, Gregoria inmediatamente decide que está en contra de cualquier relación entre Patricia y su hijo. Esta actitud tan cerrada y nacionalista podría estar asociada con su educación y sus años de juventud viviendo en una España muy diferente, bajo el control de la dictadura de Franco. Esta nueva generación de inmigrantes y forasteros de “otro mundo” la pone nerviosa, y Patricia y sus hijos son la encarnación de este cambio. Una escena en particular encarna perfectamente esta tensa relación, cuando la nueva familia se sienta a cenar por primera vez en la película. Un plano medio de toda la mesa muestra a Gregoria volviéndose hacia su hijo y haciéndole una pregunta directa, ignorando por completo a Patricia y sus hijos. Luego, el ángulo de la cámara cambia para mostrar solo a Gregoria y Patricia sentadas una al lado de la otra, ocupando todo el encuadre y permitiendo al público sentir la incomodidad y la intensidad de la situación. Gregoria no reconoce a Patricia ni una sola vez, incluso cuando Patricia intenta hacer contacto visual con ella y le pasa el plato de Damián. Gregoria continúa ignorando su presencia, y la cámara se detiene en los dos para mostrar la decepción y frustración en la cara de Patricia en respuesta a la actitud fría y distante de Gregoria hacia ella y sus hijos. Esta escena servirá más tarde como un marcado contraste con la escena en el cementerio cerca del final de la película, un momento conmovedor en el que Gregoria finalmente parece haber cambiado de actitud. La cámara se detiene mientras Gregoria mira casi con asombro cómo Patricia se aleja, no solo reconociendo finalmente su presencia sino también reconociendo el amor de Patricia por su hijo. La penúltima escena de la película, cuando Gregoria abraza al hijo de Patricia y finalmente sonríe por primera vez en la película, muestra que finalmente ha aceptado a Patricia y a sus hijos como parte de la familia.

La película *Mi madre le gustan las mujeres* es otra que ilustra una dinámica familiar particularmente complicada. Una escena específica en la que quiero centrarme no es otra que la

escena inicial de la película, cuando la madre, Sofía, presenta a su novia Eliska a sus tres hijas. Inmediatamente después de dar esta noticia trascendental (al menos a los ojos de las hijas), las dos mujeres comienzan a tocar el piano juntas. Sin embargo, en lugar de centrarse en esta relación romántica y armoniosa entre las dos mientras juegan, la cámara muestra primeros planos de cada una de las tres hijas, lo que permite al público ver cada emoción que cruza sus caras, desde la incredulidad hasta el sarcasmo, la seriedad y la preocupación. La música diegética del piano aumenta mientras la cámara se detiene solo unos segundos en cada cara antes de pasar al siguiente, lo que se suma a esta atmósfera de confusión y angustia mientras las hijas reaccionan ante la abrumadora noticia. Esta técnica cinematográfica no sólo sirve para crear un tono cómico, sino también para reforzar la percepción de los personajes de la escena y la situación como una locura. Esto permite al espectador sumergirse en el espacio mental de los personajes y darse cuenta completamente de cómo se siente cada uno de ellos en ese momento. Esta escena crucial servirá como catalizador para el resto de la película, ya que cada una de las hijas tendrá que lidiar con sus emociones y sentimientos personales hacia la idea de que su madre tenga una relación con una mujer más joven, algo que va directamente en contra de la idea que tiene la sociedad de una “familia tradicional” y algo que todas tendrán que aceptar.

Finalmente, *Verano 1993* también ofrece a su audiencia una mirada íntima a las relaciones familiares desafiantes, aunque desde una perspectiva completamente diferente y única, que es en lo que quiero centrarme específicamente. La historia se cuenta desde la perspectiva de una niña, Frida, y se emplean muchas técnicas cinematográficas de forma ingeniosa para poner realmente al público en su lugar. La gran mayoría de las tomas de la película están en un ángulo que está a la altura y al nivel de los ojos de Frida, y la cámara rara vez se desvía de su lado. Esto permite a los espectadores casi experimentar la historia a través de sus ojos, o al menos a su lado.

La conciencia del público a menudo es muy limitada, lo que refleja aún más la perspectiva de Frida. Por ejemplo, cuando su hermana menor Irene desaparece de repente, el público está tan despistado y preocupado como Frida cuando empieza a buscarla. Más tarde, cuando Irene reaparece repentinamente con un brazo roto y enyesada, no hay ninguna explicación que muestre qué sucedió exactamente, lo que nuevamente coloca a la audiencia directamente en la perspectiva limitada del punto de vista de Frida. Cuando Frida ve algo por primera vez, el público también lo ve. Cuando escucha algo y va a investigar, el público se lleva junto con ella. Estas técnicas sumergen completamente al público en el mundo de Frida mientras ella atraviesa un viaje extremadamente difícil después de la pérdida de sus padres y trata de encontrar su lugar en una familia completamente nueva y desconocida. Creo que esta inmersión hace que el final de la película sea aún más conmovedor, ya que después de pasar tanto tiempo con el personaje y realmente ser capaz de entender cómo ve su situación y el mundo, los minutos finales en los que ella estalla en lágrimas después de un momento tan alegre se entienden completamente. La acción puede parecer contradictoria y nunca se explica; no se dice ni una sola palabra sobre lo que pudo haber provocado tal reacción, pero el público comprende inmediatamente por qué. Personalmente, me pareció un momento cinematográfico absolutamente extraordinario de conexión entre la audiencia y el personaje, que creo que fue posible casi en su totalidad gracias a este estilo cinematográfico maravillosamente único y personal.